

LOS MENORES EN EL BUCEO



Enseñar a niños y niñas el mundo del buceo es una experiencia muy enriquecedora y gratificante. La respuesta a los estímulos que el buceo produce en los pequeños y sus resultados en forma de sonrisas y asombro son una recompensa para cualquier profesional del buceo, sin embargo, la responsabilidad es a su vez altísima. A veces me pregunto si yo tuviera hijos entre los 8-12 años, ¿sería capaz de confiarlos un extraño que los sumerge a 12 metros de profundidad, respirando de un armatoste de plástico, metal y goma durante 50 minutos? Cerrando los ojos y planteándomelo de esa manera, respondería categóricamente que no. Pero por suerte, se realizan miles de inmersiones con niños en todo el mundo cada año con total seguridad. Si bien, como profesional con conocimiento y respeto a los estándares de seguridad en el buceo con menores recogidos en las normativas de buceo recreativo por las agencias y gobiernos, hay una parte que ningún manual o estándar recoge y solo la experiencia, el buen hacer y un alto grado de sentido de la responsabilidad del instructor, lo puede manejar: El comportamiento del pequeño en un entorno maravilloso, pero siempre hostil a la vida humana. ¿Qué emociones y acciones aflorarán en él cuando esté respirando bajo el agua? Difícil saber.

El menor puede reaccionar de muchas maneras debido a su carácter. Es fácil asustarse, fantasear con que los animales bajo el agua son peligrosos o con la visión de la oscuridad del azul profundo o, todo lo contrario, un menor temerario que no tiene aún la suficiente madurez para entender el potencial riesgo de esta actividad debido a su corta edad. Independiente de cómo sea el menor, el instructor debe estar mentalizado para esperar y actuar ante una acción inesperada del menor que no obedezcan las leyes del sentido común y la lógica. No olvidar que son niños y no pequeños adultos, su percepción de la situación real puede ser distorsionada por pensamientos que invadan al niño.

Sus reacciones al entorno físico tampoco serán las mismas que las de un adulto y hay que estar atento a eso. Es fácil que el niño sufra el frío y el cansancio antes que nosotros. No podemos planificar la inmersión hacia ese arrecife recorriendo la misma distancia con un pequeño que haríamos con un adulto. Posiblemente se cansará antes y estresado, pedirá para salir lo antes posible, ignorando que tiene que volver a al barco, hacer la parada, etc. Eso puede acabar arruinando la inmersión acortándola e incluso tener que remolcar al pequeño por la superficie.

Un leve roce con un coral u organismo puede causarle molestias y dolor que a simple vista para un adulto no tendrían importancia, pero si para el pequeño que puede asustarse por el dolor causado y perder el control.

El desplazamiento con el equipo de buceo, el calor, la salinidad del agua en sus ojos, la arena entre sus dedos al calzar la aleta, el ruido que produce un regulador en flujo continuo, el roce del chaleco, la tira de la aleta enredada en su pelo y un sinfín de pequeñas cosas, pueden ser un contratiempo para el pequeño. Desafortunadamente, no hay ningún manual de instructor que contenga un capítulo dedicado a este tipo de situaciones, solamente experiencia, mucha empatía pueden ayudarnos en esta tarea.

Llegado a este punto, es fácil que alguien puede plantearse fácilmente no bucear con niños, debido a las "dificultades" que eso supone. Bien, en mi opinión, la recompensa supera en creces las dificultades. Ver como tu pequeño alumno o buddy, progresa y se divierte, es emocionante. Ver su sonrisa y su mirada de admiración hacia ti por lo que les has dado, es difícil de describir y sin duda te realiza como persona y profesional.

Texto by Caco Pradas | Instructor de buceo